

DISCURSO DE CONTESTACION DEL EXCMO. SR. DON AQUILINO DUQUE GIMENO

EL DIA 18 DE FEBRERO DE 1996

A Jacobo Cortines le faltó tiempo para justificarle a la Real Academia Sevillana de Buenas Letras el acierto que tuvo al elegirlo individuo de número. Aun antes de tomar posesión de su silla, el Excmo. Sr. Don Jacobo Cortines Torres prestaría a esta corporación servicios que, en circunstancias normales, un académico medio tarda años en prestar. Durante todo el presente curso un público juvenil ha colmado un recinto como éste que casi siempre es un huerto cerrado para pocos, y eso lo debemos a don Jacobo Cortines y también a don Rogelio Reyes, otro de nuestros numerarios. Ellos han rejuvenecido a la Academia con su incorporación personal, rebajando así su edad media, pero también han rejuvenecido a su público, al impulsar hacia su salón de actos, al reclamo de un ciclo sobre poesía sevillana contemporánea, a multitud de jóvenes alumnos de sus aulas ávidos de ampliar sus conocimientos y mejorar sus calificaciones. La vida cultural de una ciudad se articula en núcleos de actividades nobles que no pueden ignorarse mutuamente. Uno de esos núcleos es la Academia; otro es la Universidad, y la relación entre ambas es la que existe entre el progreso y la tradición. Sin tradición no hay progreso y sin progreso no hay tradición. Tradición es todo cuanto conecta el pasado con el porvenir y, como es lógico, presupone un decurso temporal. Una cultura tiene tantas más posibilidades creadoras cuanto mayor es su caudal acumulado. En este siglo que fenece han hecho furor las culturas de la ruptura.

Todo el que ha sido joven alguna vez ha querido hacer del pasado tabla rasa; la mayoría se estrella en el empeño, y el que sobrevive y crece es porque ha tenido la suerte de que alguien le abra los ojos y le haga ver que no estaba más que descubriendo mediterráneos o reinventando a Euclides. Esa filosofía de la ruptura llevada al terreno político llevó a Alemania a la catástrofe y a media Europa a medio siglo de esclavitud. También en la otra media Europa hizo estragos, a partir del 68, en el campo de la enseñanza. En esta materia doctores tiene la Universidad, como Jacobo Cortines para no ir más lejos. Yo me limitaré a decir que Francia se pudo permitir hacer experimentos de ruptura y masificación en sus Universidades porque sabía que sus verdaderos centros docentes son las llamadas Grandes Escuelas, lugares en los que nunca tuvo curso lo lúdico ni lo asambleario. Nosotros somos menos previsores y lo más francés que nos queda son las Reales Academias, nacidas a imagen y semejanza de la célebre *Coupole* del cardenal Richelieu. Esta nuestra tiene dos siglos, que no es mucho si se piensa que es más o menos la edad de naciones tenidas por jóvenes como las repúblicas del Nuevo Continente. Una corporación biseccular que mantiene ciertos rituales y se ajusta a ciertos estatutos puede dar la impresión, si de vez en cuando no se abre al público, de ser una antigualla o un anacronismo. Los ingleses, que en punto a tradiciones son mucho más puntillosos que nosotros, llegan al extremo de hacer presidir las sesiones de alguna de sus Reales Sociedades al cadáver momificado de su fundador. Tal ocurre con la Sociedad Benthamita, cuyas sesiones sigue presidiendo el insigne economista don Jeremías Bentham de levita parda, tricordio, calzón corto y zapato de hebilla. Levantada la sesión, vuelve el benemérito Bentham al armario donde pasa sentado el resto del año. En esta academia sevillana no hay que temer que se descorra una cortina, se alce un repostero o se abra el órgano y aparezca en sillón de ruedas la efigie bicentenaria de don Luis Germán y Ribón, nuestro fundador o, en su defecto, la de don Alberto Lista, o la de don José Sebastián y Bandarán. Tal vez porque el clima no se presta, no tenemos armarios con esqueletos ilustres, sino puertas abiertas al porvenir de la ciudad, es decir, a una juventud laboriosa y estudiosa, cuyo representante es hoy don Jacobo Cortines.

Jacobo Cortines entra aquí como estudioso y erudito, como profesor universitario y como empresario cultural, si por empresas tenemos sus afanes por devolver a la ciudad la conciencia de dos tradiciones: la de la tauromaquia, no por permanente menos degradada, y la musical, no por intermitente menos prestigiosa. Pero Jacobo Cortines entra además como poeta, un poeta en el que confluyen dos tradiciones clásicas: la de la *Epístola Moral* de Fernández de Andrada y la del *Cancionero* de Petrarca. También es heredero de un buen gusto más frecuente de lo que se piensa en la aristocracia andaluza de implantación rural. Jacobo Cortines sabe pues de dónde viene y por eso está hoy entre nosotros, y por saber de dónde viene ha mirado hacia atrás para hacer la crónica de sociedad de un linaje sevillano que, teniendo méritos de sobra para figurar en la Historia de España, tuvo la suerte —llamémosla así— de figurar también en la Literatura universal.

Jacobo Cortines nos ha hablado de la familia Tenorio y de la posible historicidad de Don Juan y pocos se han aproximado como él a un personaje tan embozado siempre en el misterio y la leyenda. Don Juan se ha universalizado como personaje del Renacimiento o del Barroco, sea en el drama de Zorrilla o en la ópera de Mozart; incluso el *Don Juan* de Molière pertenece a la Edad Moderna, aunque sólo sea por el elogio del tabaco que hace Sganarelle al levantarse el telón.

Cortines nos sitúa a Don Juan Tenorio en su verdadero contexto histórico, que es el de los reinados de Alfonso XI y Pedro I de Castilla, cuya corte estuvo en Sevilla, donde la familia Tenorio figuraba entre los grandes linajes de la Conquista. El autor del drama sitúa la acción en el reinado de Alfonso XI, en el que los privados, en este caso la familia Tenorio, tienen vara alta. Pocas épocas hay como la nuestra para hacernos comprensible una situación histórica como aquella, pues por raro que parezca, nada hay tan parecido a una Monarquía feudal como una Monarquía constitucional, máxime cuando los señores feudales de hoy alzan bandera propia con menosprecio de la bandera nacional, reducida a mero pendón real. Don Juan no habría sido posible bajo la férula de la Serenísimas en el Véneto como pretende el cineasta Losey, ni en la Europa de Carlos V como quiere Zorrilla, ni en la Sicilia

del XVII, como apunta Molière. En ninguna de esas situaciones habría tenido el libertino las agarraderas que le permiten cometer desmanes con la mayor impunidad. ¿Se figura alguien que a la Inquisición o al Consejo de los Diez se le iba a ir ningún Don Juan de rositas? Sólo en un régimen en que sus familiares y protectores depositan las fianzas que haga falta y ejercen las presiones que proceda, a lo más que se atreve el Rey es a desterrarlo a Lebrija después de hacerlo conde, de suerte que tiene que ser el Cielo el que a través de la estatua del Comendador le dé el castigo que merece.

Señala además Cortines dos circunstancias capitales para el justo entendimiento del personaje. Una es que los éxitos amorosos de Don Juan son fruto del engaño o del disfraz; Don Juan logra a sus amantes mediante la suplantación de personalidad o mediante la promesa de matrimonio, y esto, que hoy nos puede parecer un pretexto ingenuo, no lo era con anterioridad al Concilio de Trento, en que la promesa de matrimonio equivalía al matrimonio mismo y permitía tomarse los consiguientes anticipos. La otra es la creación de la Orden de la Banda por Alfonso XI, Orden a la que pertenecieron todos los caballeros principales del reino de Castilla, entre ellos los de la familia Tenorio, y cuyos preceptos se complace Don Juan en transgredir sistemáticamente. Los estatutos de esta Orden imponían unos deberes de lealtad hacia el rey, hacia la religión y hacia la mujer de los que el Burlador hace burla constante.

El mito del Burlador puede entenderse como una parábola de nuestro tiempo, siempre y cuando no perdamos de vista la época en que pudo nacer, tan parecida en tantos aspectos a la nuestra. Tal vez el reconocimiento de este parecido es lo que haya permitido a Jacobo Cortines darle un enfoque tan acertado y tan original. Puede que fuera la música de Mozart lo que puso a Cortines sobre el rastro de este diabólico sevillano, de ese personaje que se lo permite todo porque actúa como si Dios no existiera o fiado en lo remoto de la justicia divina. Yo, para terminar, en la alegría de tener entre nosotros a Jacobo Cortines, quisiera sólo reiterar dos opiniones de dos grandes escritores contemporáneos, algo donjuanes a su vez, que también al personaje lo conocieron desde dentro. Uno es Stefan Zweig, que dijo que en Sevilla el mito de Don

Juan es inmortal. Otro, Paul Morand, que dijo que Don Juan miente como un programa electoral. También, como colofón, quisiera citar dos conocidos versos del drama que considero de la máxima actualidad:

«La desvergüenza en España/ se ha hecho caballería».